

Nilo que un reptil se deslice vaga y siniestramente junto á ella? Los pilluelos pueden sin miedo hacer aullar á su estilo. En ver pasar á un anciano á quien el duelo acaba consiste la bravura del infame. No hay peligro en ello. El pícaro es ruin á su gusto; se repite, á fin de dar coraje á su alma, en donde mucha prudencia lleva á la audacia, que el abuelo es muy viejo y el niño muy pequeño.

31 marzo 1875.

## XXXVIII

Amo á los niños pequeños, y soy un viejo loco.

- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- Quiero marcharme.
- Marcharte. ¿A dónde?
- A donde yo quiera.
- Vamos allá.
- Quiero quedarme aquí, abuelo.
- Quedémonos.
- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- ¿Lloverá?
- Creo que no.
- Yo quiero que llueva.
- ¿Por qué?
- Para que mis habichuelas crezcan en mi jardín.
- Dios es quien hace la lluvia.
- Pues bien, quiero que Dios la haga.

- ¿Y si él no quiere?
- Quiero yo. El buen Dios no puede impedirme que rompa mi juguete. Por lo tanto...
- Es justo. Podría enfadarse. Pero prescindamos de él.
- ¿Para que llueva?
- Indudablemente. Ven, Santiago, tomemos la regadera del jardinero y haremos llover.
- ¿Dónde?
- Sobre tus habichuelas

## XXXIX

## HUYENDO DEL ERROR

¿Me oís, abismos? ¿Me veis, espumas? Floto. Durante mucho tiempo, dulces niños, vivimos, mis dos hermanos y yo, en ese A B C D de impostura y de error de que el hombre hace su biblia; pero aquello acabó, y de la lucha salgo terrible y alegre como un evadido.

Somos alguien nadando en la sombra inmensa, extraviados; todo es lazo, ignorancia, inclemencia; el mar no tiene ya un pliegue que no sea triste y negro; gime el escollo, el viento llora, tiembla la ola; la bruma es la duda, y á cada instante parece que el abismo está desesperado.

El océano, ese déspota, tiene el viento por minis-

tro. Miro más allá del siniestro horizonte, resisto al horror del precipicio ilimitado; veo más allá que la sombra, y el odio y la guerra. Como Colón gritaba á sus compañeros: —¡Tierra!—grito yo á los hombres:—¡Verdad!

Y veo á Pitágoras y á Esquilo, espíritus sublimes, y á Job y Dante, almas acostumbradas á las alturas, y á Thales y á Milton cernerse en el obscuro firmamento. Así, á pesar de los choques de la onda y sus griterías, una dispersión de águilas en las nubes se arremolinó soberbiamente.

Sacerdotes, no pudisteis tragarme en vuestros sueños; Dios no consintió que vuestras mentiras me ahogasen; avanzo, y hago seña á los pálidos marineros; traigo de los mares la perla que en ellos se encuentra: ¡vivo! La evasión del naufrago es cosa probada cuando se ve la cabeza por encima de las olas.

4 mayo 1878.

## XL

### PASADO EL INVIERNO

No esperéis de mí razones contra Dios, al cual veo brillar; la noche muere, huye el invierno; ahora, la luz, en el campo, en los bosques, en todas partes, es la primera cosa. Me enternece vagamente la pri-

mavera. Abril es un niño, delicado, encantador, florido; ante la infancia y ante el céfiro siento no sé qué necesidad de llorar y de reír; mayo completa mi alegría y se une á mi llanto. Juana, Jorge, acudid, puesto que tenéis ahí flores. Acudid; canta la selva, dórase el firmamento, no tenéis derecho á estar ausentes de la aurora. Yo soy un viejo pensador y os necesito; venid, quiero amar, ser justo, ser dulce; creer, dar confusamente las gracias á las cosas, vivir sin echar en cara á las rosas las espinas, ser, en fin, un buen hombre que admite al buen Dios.

¡Oh primavera!, ¡bosques sagrados!, ¡cielo profundamente azul! Se siente que un vivo soplo de aire péntrale á uno y, á lo lejos, la abertura de una blanca ventana; se une el pensamiento al claroscuro de las aguas; se tiene la dulce dicha de estar con los pájaros y de ver, bajo el amparo de las ramas primaverales, cómo esos señores cortejan á esas señoras.

26 junio 1878

## XLI

—¿Quién eres, peregrino?

—Llámome el que llora.

—¿Sí? Pues vente con nosotros.

—Soy un hombre detenido por una mano de fantasma.

—¡Ven!

—¡No!

TOMO I

—Los años te han hecho débil. ¿Por qué permaneces inmóvil en la sombra con los ojos medio abiertos.

—Una piedra me sujeta, amigo mío.

—Tu alma está vestida de noche. Solo, en pie, ¿no sientes el espanto de un lento cambio en estatua?

—La sombría tierra sube en mí.

—¿Qué haces ahí? ¡Ven! Cae la tarde, sopla el viento en tus grises cabellos.

—Espero á que vuelva á abrirse una tumba donde está prendido el bajo de mi vestido.

## XLII

El anciano despiértase en más sombra cada día; á cada aurora está un poco más muerto que la víspera. La vida humana, ese nudo vil, deshácese lentamente, roído por el alma alada; el sombrío pájaro atado quiere recobrar su vuelo y cada día rompe un hilo.

¡Oh frente blanca á la cual invade la noche que avanza! ¡mueres! una tras de otra tu voz, tu fuerza que sucumbe, tu ojo, en el que decrece el horizonte, se extinguen—ese será mi destino y el vuestro—como por la noche se ven cerrarse una tras de otra las ventanas de una casa.

## XLIII

Regresarás, como Voltaire, cargado de años á tu gran París; de los Juegos, de las Gracias y de las Risas serás el huésped involuntario.

Serás el agonizante amado; se murmurará desde la aurora, en tus umbrales medio cerrados:—¡Ya! mezclado con:—¡Todavía no!

A la vez niño y viejo chocho, podrás pensar ¡oh alegría honrada!—Soy tan bueno, que se me cree tonto, y tan tonto, que se me cree bueno.